

# La arquitectura musulmana en Occidente

**E**n estos últimos años se ha avanzado considerablemente en el conocimiento de la arquitectura musulmana en occidente. Han sido estudiados los principales monumentos de Túnez y de Argelia, y ocupado gran parte de Marruecos por los franceses, éstos dedicaron atención preferente al análisis de su arte antiguo, que cuenta ya con una extensa bibliografía. A pesar de ello, aun falta mucho por hacer en esta rama de la arqueología medieval, gran número de monografías que publicar y, sin duda, no pocos monumentos que descubrir, entre los que hay que contar la mayor parte de las mezquitas de Túnez y todas las de Marruecos, cuyo interior hállase vedado a los cristianos.

El momento es propicio para reunir todo lo sabido hasta el día acerca de esta arquitectura, relacionar sus manifestaciones en las diversas y extensas regiones en las que se desarrolló, mostrando la evolución de sus formas constructivas y ornamentales. Esto es lo hecho, con singular fortuna y acierto grande, por el Sr. Jorge Marçais, profesor de la Universidad de Alger, ventajosamente conocido de antes por sus excelentes publicaciones arqueológicas.

Profundo conocedor del arte musulmán del norte de África, su libro <sup>1</sup> ha de ser utilísimo para el avance de estos estudios y obra de consulta indispensable, tanto el texto como los numerosos y bien escogidos gráficos que le acompañan. En él se une, al manejo impecable de los textos, el análisis profundo de las formas arquitectónicas. Es de lamentar que el autor no conozca más a fondo el arte musulmán español, o que no haya podido utilizar la obra del señor Gómez Moreno historiándole, aún no publicada. El Sr. Marçais reconoce grande la influencia de Andalucía en todo el norte de África; pero si nuestros monumentos le fueran más familiares, creemos que aun la daría más importancia, ayudándole a resolver, en parte, algunos de los problemas que el libro plantea. El conocimiento personal, *de visu*, no ha podido suplirlo con publicaciones que no existen, pues carecemos de buenas monografías modernas hasta de los edificios capitales. No las hay de la mezquita de Córdoba, ni de la Alhambra de Granada, a pesar de su fama mundial y de su enorme importancia en la evolución ar-

---

<sup>1</sup> *Manual d'Art Musulman, L'Architecture, Tunisie, Algérie, Maroc, Espagne, Sicile*. I: Du IX<sup>e</sup> au XII<sup>e</sup> siècle; II: Du XIII<sup>e</sup> au XIX<sup>e</sup> siècle. París, Editions Anguste Picard, 1926. Los dos volúmenes publicanse por la misma casa editorial y en la colección que el tan deficiente de Saladin, agotado hace tiempo.

tística. Y muchos de los estudios publicados lo han sido en tales condiciones, que resulta difícilísimo, por no decir imposible, alcanzar noticia de ellos a los estudiosos extranjeros<sup>2</sup>.

Justifícase el Sr. Marçais de que aparezca la historia de la arquitectura musulmana en occidente antes de la oriental, anunciada en la misma colección, ya que ésta influye tanto en la primera en todas las épocas de su evolución. La dificultad sálvase siempre discretamente, con alusiones a la procedencia de las formas o a las posibles aportaciones orientales.

Cada capítulo está consagrado a un período en el cual la evolución arquitectónica supónese con características diferentes, comenzando todos ellos con un resumen de las condiciones históricas, al que sigue el estudio de las arquitecturas religiosa, civil y militar y de las obras de utilidad pública, para terminar con el análisis de la decoración monumental.

El capítulo primero ocúpase de los reinos árabes del siglo ix. En él se estudian las mezquitas de Cairuán, Túnez y Susa, discutiéndose procedencia del plano, mihrab y cúpulas. Su decoración aparece muy influida por el arte autóctono, un bizantino degenerado con lógicas analogías, al parecer, con nuestro arte visigodo, principalmente representado en Mérida, Córdoba y Toledo. El día que sea objeto de una publicación, tan necesaria, reproduciendo los fragmentos de esa época, existentes en las tres ciudades y esparcidos por gran número de nuestros museos, creemos que aparecerá con mayor claridad el origen de muchas de las formas de la mezquita de Córdoba y de los monumentos africanos de los siglos ix y x. Y téngase en cuenta lo imperfectamente conocidos que son gran número de aspectos del arte visigodo y las sorpresas y descubrimientos que nos puede reservar el porvenir si se realizan excavaciones acertadas; sirvan de ejemplo las iniciadas hace pocos años en Gabis la Grande, en las cuales aparecieron fragmentos de decoración muy bizantina, de tipo desconocido en la España goda, y sólo comparables a los del sepulcro de Itacio, en la catedral de Oviedo.

Uno de los problemas que se plantean en las primeras páginas de esta obra es el del origen del tapial y del adobe. Ambos materiales se emplearon por los musulmanes en occidente desde los primeros tiempos; ¿trátase de una aportación de oriente, o de una supervivencia local? Para España debemos inclinarnos a esta segunda hipótesis. Plinio, en el libro III, capítulo III de su *Historia Natural*, dice que en la Península Ibérica se veían torres y atalayas hechas de tierra, de remotísima antigüedad. Entre los escritores árabes, Abén Jaldún, en sus *Prolegómenos*, describe detalladamente tal procedimiento de construcción.

Termina el primer capítulo con unos párrafos consagrados a la descripción

---

<sup>2</sup> Tal ocurre con los siguientes trabajos del Sr. Gómez Moreno: *La civilización árabe y sus monumentos en España* (ARQUITECTURA, año II, núm. 19, Madrid, noviembre de 1910). *Arte mudéjar toledano. Las obras maestras de la arquitectura y de la decoración en España*, II. Madrid, MCMXVI. (Esta publicación quedó incompleta.)

*La ornamentación mudéjar toledana*. (En curso de publicación en *Arquitectura Española*, números V al XV, MCMXXIV a MCMXXVI.)

de Sedrata (siglos x y xi), ruina situada en el sur de Argel, muy interesante y aun no bien estudiada.

El siguiente trata del arte fatimi de los siglos x y xi y del de la Sicilia musulmana y normanda; probablemente, hubiera sido más lógico ocuparse antes del del califato cordobés. Descríbense, entre otros monumentos, las mezquitas de Mahdiya y Monastir y los palacios de la Kaláa de Benî Hammâd (levantados hacia 1100), de los cuales conocemos el plano, situados, cronológicamente, entre los asiáticos de Samarra y la Alhambra, con disposición semejante a éstos, y diferenciándose ya las tres partes de casi todos los musulmanes: la primera, y más accesible, dedicaba a audiencias y administración de justicia; la de recepción, con la sala del trono y una serie de aposentos alrededor de una alberca, y la más íntima y reservada, de habitaciones privadas y patio central. Es curioso señalar que en el palacio del Fanal de la Kaláa hay rampas para subir a los pisos superiores, como se ha reconocido recientemente en Medina Az-Zahra. Respecto a decoración, surgen en esta época varias técnicas, con importantes aportaciones mesopotámicas, llegadas unas directamente, y otras por intermedio del Egipto fatimi. El lazo, principal elemento de la geometría decorativa musulmana, lo cree Marçais engendrado en este período, teniendo parte probablemente aquel país en su elaboración, encontrándose en algunos bellos mihrab de madera egipcios (siglos xii), obras que parecen producto de una larga elaboración que adivinamos apenas. En Berbería aparece ya formado en la Kaláa, hacia 1100. El Sr. Marçais olvida que en Córdoba, en las celosías de la Mezquita, existe en la segunda mitad del siglo x y luego evoluciona en la Aljafería de Zaragoza y en las Huelgas de Burgos<sup>3</sup>. ¿Influiría lo nuestro en el norte de África y oriente?

La última parte del capítulo conságrase a la Sicilia, musulmana desde 827, y normanda a partir de fines del siglo xi. De esa época, y levantados bajo la influencia musulmana, son los palacios de la Cuba (1180) y de la Ziza, empezado éste algo antes, con influjos de Egipto y Berbería oriental; tal vez en sus yeserías trabajasen españoles. Échase de menos la mención de monumento tan importante como la catedral de Monreale, obra maestra del estilo, con carpintería española y yeserías análogas a las de la Aljafería, arcos enlazados apuntados, como en Córdoba, techos de mocárabes y alicatados. Es un arte el fatimi de los siglos x y xi y el de la Sicilia normanda, aun impregnado de tradiciones cristianas, vivaces en el país, triunfando la influencia de oriente, sobre todos en el siglo xi. La transición es difícil de apreciar entre el arte de éste y el del ix, contribuyendo a formarla Egipto y Mesopotamia, reconociéndole la influencia mogrebí o andaluza en algunas yeserías, según el autor; nosotros creemos es más importante.

El siguiente capítulo está consagrado al arte del califato cordobés, comprendiendo una de las épocas más originales y fecundas del musulmán. El resumen histórico, conciso, sólo se refiere a los hechos que más importancia tienen para el proceso artístico. Hubiera convenido señalar algo más el bizantinismo

<sup>3</sup> Gómez Moreno, *La ornamentación mudéjar toledana*.

de la España visigoda, el dominio de esa nación en la región levantina y el carácter de nuestra arquitectura en los siglos vi y vii. Conviene apuntar que los primeros tiempos de la dominación musulmana, en lo que se refiere a la arquitectura, fueron de una impotencia absoluta: hay datos de que, antes de mediar el siglo viii, habiéndose roto el puente de Córdoba, mandóse sacar piedra de los muros para componerle, relleno el hueco que quedó en ella con adobes<sup>4</sup>. De las primeras mezquitas no ha quedado rastro, ni de la blanca de Zaragoza (713), incendiada en 1050, ni de la de Elvira, reconstruida en el siglo ix. De la de Córdoba hace el Sr. Marçais un análisis bastante completo, refiriéndose a las indicaciones dadas respecto a ella por los cronistas árabes, y planteando el problema, tan sugestivo, del origen de los arcos entrecruzados y de las bóvedas nervadas. No se hace mención de la torre de San José de Granada (siglos x al xii), que, con la de Santa Clara, en Córdoba, son ejemplares únicos de minaretes califales en España, muy interesantes para el análisis de su evolución. Tras el estudio del Cristo de la Luz, de Toledo y la referencia al palacio de los Omeyas, de Córdoba, parte de cuyo secreto tal vez se nos revele algún día, vienen los de Medina Az-Zahra y Alamiyya, utilizándose los estudios del Sr. Velázquez y la primera Memoria de la Comisión que dirige ahora las excavaciones.

A las obras militares habría que agregar: la alcazaba de Mérida (835), construida por Abderrahmán II, con sillares romanos aprovechados y semejante aún a las ciudadelas bizantinas de África<sup>5</sup>; el castillo, a lo menos una parte, de San Esteban de Gormaz (siglo x)<sup>6</sup> y las fortificaciones de Bobastro. Y entre las obras de utilidad pública deben mencionarse: el alcantarillado árabe de Córdoba, conservado, al parecer, en gran parte, hasta estos últimos años<sup>7</sup>; la cisterna inmediata al puente de Cantarranas, con arcos entrecruzados, en la misma ciudad; tal vez la cisterna de Mérida, los baños cordobeses de la casa de Carlos

<sup>4</sup> *Historia de la conquista de España de Abenalcotia el Cordobés*, seguida de fragmentos históricos de Abencotaiba, etc. Traducción de D. Julián Ribera, pág. 178. Madrid, 1926.

<sup>5</sup> José Ramón Mélida, *Catálogo monumental de España, Provincia de Badajoz* (1907-1910). Dos vols. de texto y uno de láminas. Madrid, 1926.

<sup>6</sup> Gormaz: estudio histórico-arqueológico, por Narciso Sentenach. (*Boletín de la Real Academia de la Historia*.)

<sup>7</sup> N. del E. En esta cita referente al castillo de San Esteban de Gormaz, Torres Balbás incurre en error, ya que el castillo califal de Gormaz, que estudia Sentenach en el Boletín de la Real Academia de la Historia, es el situado en la localidad soriana del mismo nombre, pero no el de San Esteban de Gormaz, ya que este último, en el año 1927 cuando escribe don Leopoldo, no existiría por entonces, con toda probabilidad, mas que, si acaso, en estado ruinoso\* al igual que las murallas de dicha localidad y al tratarse de una fortaleza probablemente cristiana, de frontera, defensiva, carecería, creemos, de un interés arquitectónico de carácter excepcional desde el punto de vista ornamentístico, no así el citado por Sentenach, de Gormaz, el cual aun conserva elementos arquitectónicos de carácter islámico, como la puerta califal del lado Sur, con arco de herradura, enmarcado por una moldura a modo de alfiz o arrabá, que ha permitido datarle en el siglo x, como muy bien recoge Torres Balbás.

\* Publicada, por entonces, la «Guía de Soria y su provincia», de Taracena y Tudela, no cita estos autores dicho castillo de San Esteban de Gormaz mas que de pasada.

<sup>7</sup> Francisco Azorín, *El alcantarillado árabe de Córdoba*. (ARQUITECTURA, año II, 1919. Madrid.)

Rubio, número 8, y del 5 de la de Céspedes y el aljibe del patio de los Naranjos de la misma ciudad.

Este período puede caracterizarse por la abundancia decorativa, unida a la variedad de sus elementos, al mismo tiempo que por la diversidad de materiales y técnicas. Intervienen, para engendrar la decoración, elementos visigóticos aún poco estudiados; clásicos; bizantinos y, sobre todo, orientales y mesopotámicos, bien amalgamados para engendrar un arte sabio y complejo, que nos asombra por el grado de perfección que alcanza desde sus comienzos, engendrando formas de tal originalidad y perfección, como son el entrecruzamiento de arcos, las bóvedas nervadas y el capitel y basa califales. Su vitalidad es tal, que llega su influencia hasta el Cairo, en donde se la ha reconocido en la mezquita de Aben-Tulun, en cuya torre se ven sillería, arcos y modillones iguales a los cordobeses de tiempo de Abderrahmán III, y en la torre de la mezquita de Alhakim (1003), con celosías parecidas a las cordobesas de Alhaquem II. Es probable que a la caída del califato occidental, obreros españoles emigraran a oriente, singularmente canteros, ya que en Egipto habíase olvidado por completo el arte de la cantería.

El capítulo IV trata de la arquitectura de los reinos españoles y de los imperios hispano-bereberes de los siglos XI al XIII, comprendiendo, por tanto, para nuestro país, la de los llamados reinos de taifas —período ilustrado recientemente por una obra capital para el conocimiento de su revuelta historia<sup>8</sup>— y conquistas almoravide y almohade. De los restos de la Aljafería de Zaragoza (1050-1083), de lo que queda en ese destrozado palacio, hoy cuartel, y de los fragmentos repartidos entre los museos de aquella ciudad y de Madrid, tampoco poseemos un estudio satisfactorio que analice obras tan originales e interesantes<sup>9</sup>. A las páginas correspondientes del libro de que nos ocupamos, habrá que añadir, entre las construcciones militares de los reinos de Taifas, alguna puerta y restos de murallas en Toledo y las torres Bermejas y fortificaciones de la Alcazaba de Granada, con sus puertas Nueva, Monaita y de Elvira.

Con la invasión de los almoravides, el intercambio aumenta entre España, rica en tradiciones y cultura, y África. El Mogreb conviértese en provincia intelectual de aquella, recibiendo sus obreros y fórmulas artísticas, imponiéndose el arte andaluz en todo el oeste de Berbería. Edificios religiosos estúdiense, principalmente, la gran mezquita de Argel y la Qaraviyn de Fez, obras almoravides, como la mezquita mayor de Tremecen (1135), interesantísima por su cúpula nercada, su cupulín de estalactitas y la armadura, tan relacionada con la carpintería española.

Entre los edificios almohades —tan concienzudamente analizados los ma-

<sup>8</sup> Antonio Prieto y Vives, *Los Reyes de Taifas*, estudio histórico-numismático de los musulmanes españoles en el siglo V de la Hégira (XI de J. C.). Madrid, 1926.

<sup>9</sup> Entre la bibliografía moderna debe citarse, sobre todos por su abundante ilustración: Anselmo Gascón de Gotor, *El arte mahometano español, Arquitectura de los reyes independientes de Zaragoza, llamados Taifas o Banderías. Restos pertenecientes al palacio de recreo denominado la Alfajería o Aljafería.* (*Museum*, 1918 a 20. VI, núm. 3).

roquies por los señores Terrase y Basset <sup>10</sup>—, figuran la mezquita de la Cutubía de Marruecos (segunda mitad del siglo XII) y la de Tinmal (1153), la destruida de Hassan, en Rabat, los alminares de la primera y de la última y el de nuestra Giralda de Sevilla, sin que tengan mención el de las iglesias de San Marcos, de la misma ciudad y del castillo de Aracena, puede decirse que inédito este último, y muy semejante a la torre de la mezquita de la Alcazaba de Marruecos.

Entre los palacios almohades, de los que apenas quedan restos apreciables, hubiera sido interesante analizar el patio del Yeso y la bóveda del cuarto inmediato al de Banderas, del Alcázar de Sevilla; entre los baños, el Bañuelo, de Granada (siglo XI), mucho más completo e interesante que el de Tremecén, que se publica.

Respecto a fortificaciones, cítanse entre las españolas, los recintos de Sevilla y Ronda, el castillo de Alcalá de Guadaira y la Torre del Oro en la primera población. Aquí la lista podría completarse bastante: perdida la frontera del Tajo, los almohades tienen necesidad de multiplicar los castillos y amurar bien las ciudades, y de tales obras se conservan algunas, como el recinto casi completo de Niebla, con sus puertas en recodo sencillo; la Alcazaba y murallas de Almería; las fortificaciones de Carmona; el alcázar de Badajoz, con su torre de Espantaperros de planta octogonal, análoga a la del Oro; parte del recinto de Cáceres <sup>11</sup>; restos de fortificaciones en Jerez de la Frontera; los castillos levantinos de Villena y de Biar, con bóvedas nervadas <sup>12</sup>; el de Larache, del cual se conservan interesantes restos en el museo de Murcia, y los de San Juan de Aznalfarache, Sanlúcar la Mayor, Marchena y Lora del Río. Respecto a Marruecos, estudia el Sr. Marçais, los recintos almoravides de Marruecos y Amargu y los almohades de Taza, Tinmal y Rabat.

Entre las obras de utilidad pública no se mencionan el puente de Guadalajara, una parte del de Alcántara, de Toledo, y el estribo conservado del del Cadí (siglo XI), en Granada, así como los baños de la calle de la Madre de Dios, en Murcia, y tal vez restos de otros en Toledo.

En esta época, la decoración cerámica va adquiriendo importancia. El análisis de los elementos constructivos y ornamentales abarca el de los arcos, ménsulas, canecillos, capiteles y estalactitas (mocárabes), elemento éste cuyo origen y procedencia aún se discuten, atribuyéndolos a la India, Armenia, Persia y Mesopotamia. En la Kaláa de los Beni-Hammad (hacia 1100), cree ver Marçais uno de los primeros casos de su empleo en Occidente; ya, bien definidos, aparecen los mocárabes en la mezquita de Tremecén (1135) y en España en la citada bóveda del patio de Banderas del Alcázar de Sevilla <sup>13</sup>.

<sup>10</sup> Sanctuaires et forteresses almohades I, Tinmel; II, Les deux Kotobiya; III, Le minaret de la Kotobiya; IV, L'Oratoire de la Kotobiya; V, La chaire de la Kotobiya; VI, La mosquée de la Qasba. (Hesperis, 1924, 1925, 1926.)

<sup>11</sup> José Ramón Mélida, obra citada y, del mismo autor, *Catálogo monumental de España, Provincia de Cáceres* (1914-1916). Dos volúmenes de texto y uno de láminas. Madrid, 1924.

<sup>12</sup> González Simancas, Estudios de arquitectura militar. El castillo de Villena. (*La Ilustración Española y Americana*, núm. XXXII, 30 agosto, 1911.)

<sup>13</sup> Véase también Basset et Tenasse, *Sanctuaires et forteresses almohades*, Hesperis, Tome VI, pág. 135.

Respecto a la evolución decorativa, el día que se analice lo español se esclarecerá considerablemente la de este período. Ni los almoravides, semibárbaros del Sahara, ni los almohades, montañescos rudos y ascéticos, debieron influir mucho en aquélla. Fue Andalucía el gran foco artístico durante los siglos XII, XIII y XIV. «El arte que llamamos almohade —ha escrito D. Ricardo Velázquez<sup>14</sup>—, verdadero arte de transición entre los de Córdoba y Granada, en los que su génesis española es evidente, tiene un foco o centro principal en Sevilla, que, con la reconquista de Toledo, Zaragoza y Valencia, queda en este período la capital más importante del pueblo hispano mahometano, y donde existía una cultura y una civilización muy superiores a la de las hordas africanas que forman los imperios almoravide y almohade. En Sevilla levantan sus principales monumentos, hoy en su mayor parte destruidos, como consecuencia natural de la caída de la civilización que los produce, pero cuyos restos atestiguan el grado de esplendor que alcanzó.» Sería interesante seguir la evolución del ataurique, desde los primeros occidentales de la enchapadura del mihrab de la mezquita mayor de Cairuan (836) y el arco de San Esteban (855) de la de Córdoba, a través de los posteriores de esta ciudad, de los de Medina Az-Zahra y del arte más provincial de Medina Elvira (anteriores a 1008)<sup>15</sup> analizando los de las pilas de mármol y cajas de marfil españolas y el fragmento procedente del convento de la Madre de Dios, en Baena, siguiendo con los de la Aljafería de Zaragoza, los restos conservados en el museo de la Alhambra, procedentes del carmen del Mauror (siglo XII) y los del museo de Málaga, de la misma época, del derribado convento de Santa Clara; los del arco de yesería de la casa número 4 de la plazuela del Seco, de Toledo (siglo XII), y los restos existentes en las casas número 21 de la calle de Bulas Viejas y 18 de la Bajada de los Carmelitas, de la misma ciudad, a más de otros fragmentos califales de piedra o mármol, conservados en los museos de Toledo y Madrid<sup>16</sup>.

Cronológicamente seguiría el estudio de las decoraciones de Santa María la Blanca, de Toledo, cuya comparación con las mezquitas de Tremecén y Tinmal, tan andaluza la primera<sup>17</sup>, sería de extraordinario interés; la capilla de Belén, de

<sup>14</sup> El Alcázar y la arquitectura sevillana. (Año V, Madrid, 1923.)

<sup>15</sup> *Medina Elvira*, por D. Manuel Gómez Moreno, Granada, 1888. *Monumentos Arquitectónicos de España y su provincia*, por D. Manuel Gómez Moreno y Martínez. Traducción de Mr. Paul Prevost, Madrid, 1907. (48 páginas publicadas.)

<sup>16</sup> Iniciado, para lo español, por el Sr. Gómez Moreno en sus repetidamente citados estudios acerca del arte mudéjar toledano.

<sup>17</sup> Dice Ben Jaldún —citado por el Sr. Velázquez— en su historia de los bereberes que «los palacios magníficos destruidos en Tremecén por el rey Merini Abulabas, habían sido comenzados por el rey Abu Ham I y terminados por su hijo, Abu Texafin I. En esta época las artes se hallaban poco adelantadas en Tremecén porque el pueblo, que había hecho su asiento en esta ciudad, conservaba todavía la rudeza de la vida nómada, por lo que dichos príncipes tuvieron que dirigirse a Abulvalid, señor de Andalucía, a fin de procurarse obreros y artífices. El soberano español, dueño de una nación sedentaria en la cual las artes habían alcanzado necesariamente gran desarrollo, les envió los más hábiles arquitectos de su país. Tremecén se embelleció entonces con palacios, casas y jardines tan bellos, que después no se construyeron otros semejantes. (Velázquez Bosco, *El Alcázar y la Arquitectura sevillana*.)

las Huelgas de Burgos (siglo XIII), que, como el templo toledano, tendría su lugar entre las obras conocidas como almohades; la Real o de Villaviciosa, en la mezquita de Córdoba (acabada, probablemente, en 1260, según el Sr. Gómez Moreno); el Cuarto Real de Santo Domingo, en Granada (siglo XIII), para llegar al XIV con el Tránsito (poco después de mediar este siglo) en la evolución toledana, y la Alhambra en la granadina, reuniéndose ambas corrientes en la misma época, contribuyendo a la decoración del Alcázar de Sevilla. ¿Qué elementos perduran en esta evolución de cuatro siglos? ¿Cuáles son sus transformaciones? ¿Qué aportaciones nuevas aparecen durante aquéllos?

En la carpintería debería estudiarse análoga evolución. «Los orientales no saben tallar artísticamente la madera», dice, en el siglo XIV, un historiador árabe que trabajó en la construcción de los monumentos contemporáneos de Tremecén<sup>18</sup>. Recientes estudios comprueban que este arte de la talla tuvo su centro en Andalucía, de donde se exportaban sus productos al norte de África, llegando su influencia hasta Egipto. Con el mimbar de la mezquita de Alger (1096), la armadura y puerta de la macsura de Tremecén (1138), compararíanse la puerta de las Huelgas, de Burgos (siglo XI?), publicada por el Sr. Gómez Moreno<sup>19</sup>, el mimbar de la Cutubía de Marruecos, hecho en Córdoba reinando Abd-el-Mumen; el probablemente contemporáneo y de igual procedencia de la mezquita de la Alcazaba de la misma ciudad, y la carpintería de Santa María la Blanca, de Toledo (hacia 1200)<sup>20</sup>, buscando en Córdoba y Cairuan, así como en algunos fragmentos de los museos de Madrid, Toledo y Granada y en formas hechas en yeso en la Aljafería y que después se trasponen a madera, los antecedentes que engendran las espléndidas carpinterías sevillana y granadina, y la morisca, tan extendida la última en espacio y tiempo.

Una obra hasta ahora desconocida, publica el Sr. Marçais, la cual conviene tener presente: es la decoración del mihrab de la mezquita de Bled-el-Adhar, en Tozer, en los oasis tunecinos de Djerid, fechada por una inscripción en 1194. Dominaba entonces en aquella comarca un español, un Beni Ghaniya, último representante del grupo almoravide, procedente de las Baleares. Probablemente fueron con él a Berbería artífices peninsulares. Sitúase entre la Aljafería y Santa María la Blanca, pudiendo considerarse como antecedente de lo granadino. En su decoración se encuentran las piñas, que tanto abundan en la sinagoga toledana, en las decoraciones almohades y más tarde, en la carpintería nazarí. Y es curioso observar que en los mismos oasis de Djerid hay casas de

<sup>18</sup> Basset et Terrasse, estudio citado.

<sup>19</sup> *La ornamentación mudéjar toledana*.

<sup>20</sup> Supone el Dr. Luis G. Zelson que una viga con inscripción conmemorativa hebrea y fecha correspondiente al 1180 de nuestra era, conservada hoy en el Museo Arqueológico de Toledo, debió servir de dintel en una puerta de Santa María la Blanca; el resto de la inscripción parece aludir a la reconstrucción de un edificio destruido en forma violenta (Viga mudéjar con inscripción hebrea en Toledo, *Boletín de la Real Academia de la Historia*, Tomo LXXXIX, 1916). Posteriormente, el Sr. Lambert ha identificado Santa María la Blanca con la sinagoga nueva, construida por José Ben Schoschan hacia fines del siglo XII (murió en 1205, según su epitafio), y citada, como las restantes de Toledo, en una elegía escrita en 1391 (Les synagogues de Toléde. *Revue des Etudes Juives*, Tome LXXXIV, núm. 167, 1<sup>er</sup> juillet 1927, París).



ladrillo con temas decorativos iguales a los que tienen algunos edificios de nuestra arquitectura mudéjar, sobre todo la de Aragón.

Entre los conjuntos decorativos de este período hay algunos tan interesantes como los mihrab de las mezquitas y las grandes y bellas puertas de los recintos almohades —Bab er-Ruah, de Rabat, de la alcazaba de los Udaya, Bab Agueno de Marruecos—, al lado de las cuales tal vez pudiera figurar la fachada de poniente de la puerta del Vino, de la Alhambra, resto sin duda de un edificio anterior, aprovechado en el siglo xiv para la construcción de aquélla.

El segundo tomo comprende desde el siglo xiii hasta nuestros días, ocupándose en primer lugar de la arquitectura de las dinastías herederas de los almorávides en los siglos xiii y xiv, es decir, de la nazari en Granada y la merini en Marruecos. Sirven de unión, entre los monumentos de aquéllos y los de éstas, las mezquitas de Taza, con una interesante cúpula de nervios cruzados, decorativos, de progenie cordobesa, y la de Udja. Algo podía haberse dicho de los restos de la mezquita mayor del Albaicín de Granada (siglo xiii), hoy en la iglesia del Salvador, y de la torre de San Juan de los Reyes (minarete del siglo xiii), en la misma ciudad. Como mezquita funeraria, estúdiase la de Chella y entre las madrazas, institución venida de oriente, así como, muy probablemente, su plano, las de Fez, Mequínez, Salé, Taza y Tremecén. No se menciona, al lado de los edificios funerarios llamados *Cubas*, la actual ermita de San Sebastián de Granada.

Las páginas dedicadas a la arquitectura civil, comienzan con una feliz descripción de la Alhambra y del Generalife, sin que, en cambio, se libre el palacio de Carlos V de ser calificado de inútil y pretencioso, mencionándose los restos insignificantes y memorias de otros palacios del norte de África de los siglos xiii y xiv. La cronología de las construcciones del granadino es, en parte errónea<sup>21</sup>. No hubiera carecido de interés mencionar al mismo tiempo algunos otros palacios granadinos, como el Cuarto Real de Santo Domingo y la casa de los Girosnes, del siglo xiii; el Alcázar del Genil, del xiv, y varios restos en Écija y Ronda.

Una serie numerosa de baños hubiera hallado cabida al lado de los de Udja y Tremecén, estudiados por el Sr. Marçais: Toledo, Jaén, la Zubia, Cogollos, etc., así como las Atarazanas de Málaga, casi completamente destruidas, pero de las que se conservan algunas memorias. Podría tener cabida a continuación, el estudio de los aljibes, tanto de este período como del anterior: de la casa de las Veletras, en Cáceres; los del Rey, el de la alcazaba de la Alhambra, Tomasas y de la Lluvia, en Granada; el de la alcazaba de Loja; el del castillo del Piñar (Granada); el de Jimena de la Frontera (Cádiz); el de Málaga; el del castillo de Montánchez (Caceres) y los dos del de Trujillo (Cáceres)<sup>22</sup>.

En la arquitectura militar, estúdiase el recinto de la Alhambra y los de Fez, Chella, Mansura, Tremecén y Túnez, y las puertas de Salé, faltando la alcazaba de Málaga y las puertas de Antequera (hoy ermita de la Virgen de Espera), Alora, Moclín y Guadix.

<sup>21</sup> Sobre ello preparamos un trabajo.

<sup>22</sup> José Ramón Mélida, *Catálogo monumental de España, Provincia de Cáceres*, pág. 237.

Importantísima es la parte consagrada a la decoración de los monumentos, analizándose la evolución de las decoraciones de yeso durante los siglos XIII y XIV, tanto en Granada como en Fez, Tremecén y Cairuan, y las de cerámica, madera, pintura y vidriería. Sigue el análisis sumario de arcos, capiteles, canecillos y ménsulas. Al estudiar los conjuntos decorativos, trátase de los mihrab, puertas, decoración de las salas de la Alhambra, composición de las madrazas mogrebínas y decoración de los minaretes, olvidando el de San Juan de los Reyes, de Granada.

Dedícanse asimismo algunas páginas a la representación de los seres animados y a las decoraciones epigráfica y floral, con mención especial de la de la Alhambra de Mohamed V, planteándose el problema de su originalidad y autenticidad, sin señalar la posible influencia de los artistas toledanos que trabajan en Sevilla en unión de los granadinos, sugerida por el Sr. Gómez Moreno<sup>23</sup>. Es curioso observar cómo se emplea la misma forma decorativa, el lazo, en todos los lugares y con gran variedad de técnicas: solerías, techos, zócalos, puertas, vidrieras. En este momento la decoración alcanza madurez e ingeniosa riqueza, presentando señales de próxima decadencia.

En el capítulo VI estúdiase nuestro arte mudéjar, reconociéndose las dificultades que ello presenta, dada la falta de trabajos de conjunto a él consagrados, en su gran área de difusión, el número grande de monumentos que permanecen inéditos por encontrarse en localidades extraviadas y los muchos desaparecidos por su índole doméstica, tan expuestos a ello por su endeble construcción y las variaciones de la moda<sup>24</sup>. Menciónanse los monumentos de Sevilla y Toledo. Su estudio debiera comenzar por las iglesias de ladrillo, cuyos primeros ejemplares —de comienzos del siglo XII— halláanse en tierras leonesas<sup>25</sup> (Sahagún y Alba de Tormes) y castellanas (Cuéllar y San Boal), extendiéndose por las actuales provincias de Salamanca, Zamora, Valladolid, Ávila, Palencia (parte de poniente) y Segovia, para unirse en las de Madrid y Guadalajara, al foco toledano; a continuación analizaríanse las obras moriscas de las Huelgas, de Burgos (Alfonso VIII), aunque éstas ocuparían lugar más adecuado en el estudio del arte almohade en España, las evoluciones toledana y sevillana, la capilla Real de la Mezquita de Córdoba (Alfonso X), los palacios de Tordesillas (Alfonso XI), Astudillo y Sevilla (Pedro I), la curiosísima iglesia de Aguilar de Campos, el enorme número de templos con carpintería y yeserías moriscas de los siglos XIV al XV, el mudéjar aragonés, los numerosos ejemplares de palacios y castillos con ornamenta-

<sup>23</sup> *Arte cristiano entre los moros de Granada*. Estudios de erudición oriental. Homenaje a D. Francisco Codera. Zaragoza, 1904.

<sup>24</sup> Los artículos y monografías consagrados al arte mudéjar y sus monumentos forman una extensa bibliografía. A señalar, a más de algunos de los estudios del Sr. Gómez Moreno ya citados, los de D. Vicente Lampérez: *Historia de la Arquitectura Cristiana Española en la Edad Media*. Madrid, 1908 y 1909 (dos volúmenes) y *Arquitectura Civil Española de los siglos I al XVIII*. Madrid, MCMXXII (dos tomos).

<sup>25</sup> Don Manuel Gómez Moreno ha inventariado éstas en el tomo consagrado a la *Provincia de León* (1906-1908) del *Catálogo Monumental de España*, Madrid, 1925.

ción morisca de los siglos xiv y xv —raro era el que no se decoraba entonces en ese estilo—, entre ellos los castillos de la Mota en Medina del Campo, Segovia, Coca, Arévalo, Burgos, Medina de Pomar, Curiel de los Ajos, Cetina, Mesones, Santorcaz (desaparecido), Villanueva de Cañedo, Manzanares el Real, Escalona, Sigüenza, Belmonte, Buitrago y Zafra; los palacios de Ayala y Fuensalida, entre otros muchos, en Toledo, y los de Peñaranda de Duero, de Enrique II y del conde de Luna, en León (derribados); Ocaña, Ayllón, Alcalá de Henares; Infantado, en Guadalajara y Cogolludo; el mudéjar sevillano y el tardío granadino; terminando con el estudio de los últimos momentos del arte morisco en el siglo xvi al mezclarse con el renacimiento, que le suplanta rápidamente. El programa es, pues, vastísimo y los monumentos con características muy locales, que hacen difícil mostrar una evolución lógica.

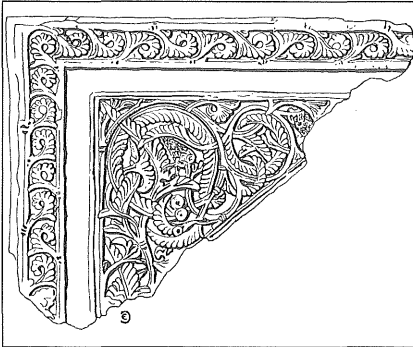
El capítulo siguiente ocúpase de la arquitectura de Marruecos bajo el dominio de las dinastías serifianas (1548 a nuestros días). En sus primeros tiempos prodúcese una reacción mística, motivada por las conquistas de portugueses y españoles en la costa africana. En sus grandes construcciones, para las cuales utilizan alguna vez artistas europeos, vese repetición de tipos y sequedad y monotonía del arabesco. Faltan monumentos, desde la madraza de Bu Inaniya, de Fez (1335) hasta la mezquita de Bab Donkkala (1557), a los que poder referir la evolución de esos dos siglos. Del xvi es el muy famoso mausoleo de la adies en Marruecos.

Los últimos capítulos están consagrados a la Argelia turca, carente de tradición artística, con sus mezquitas de influencia oriental, a partir de los comienzos del siglo xvii, y a Túnez, bajo los últimos Hasidas (siglos xv a 1534), con el período de ocupación española, y de los turcos (1534 a nuestros días). Es ésta la región de Berbería más profundamente civilizada, y en la evolución de su arte tuvieron parte principalísima los musulmanes andaluces, que emigraron allí en gran número desde la conquista de Sevilla hasta la expulsión de los moriscos en 1607.

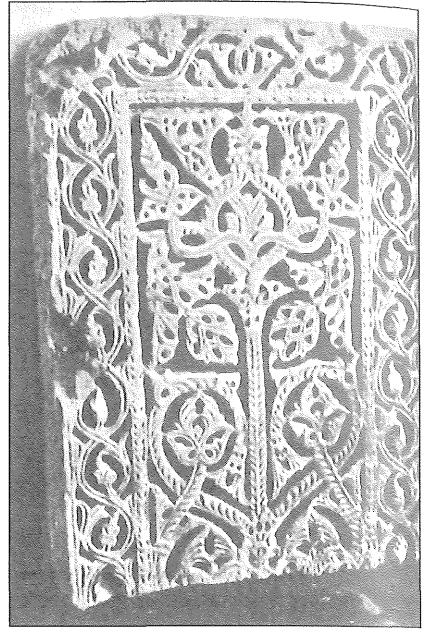
En resumen, el libro del Sr. Marçais ha de ser en adelante obra capital de consulta orientadora para los estudiosos del arte musulmán que analicen sus monumentos a ambos lados del Estrecho y que no deben olvidar que, tanto en uno como en otro, se encuentran páginas de su evolución, por lo que se impone una íntima y desinteresada colaboración de todos ellos en beneficio del más rápido y perfecto conocimiento del arte musulmán de occidente.

LEOPOLDO TORRES BALBÁS

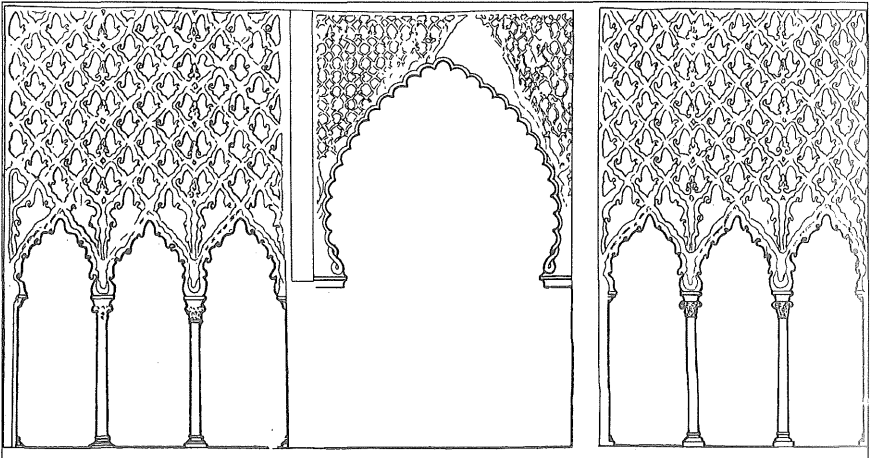
*Arquitectura.*  
*Octubre, 1927*



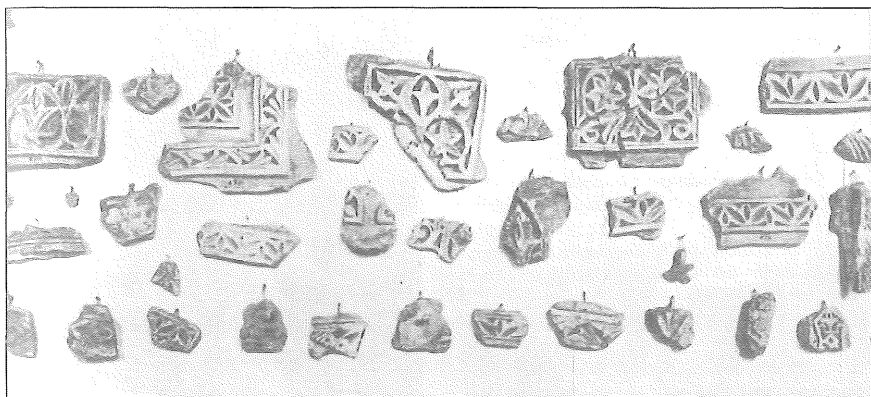
Museo de Málaga. Albanega procedente del convento de Santa Clara. (De la ornamentación mudéjar toledana.)



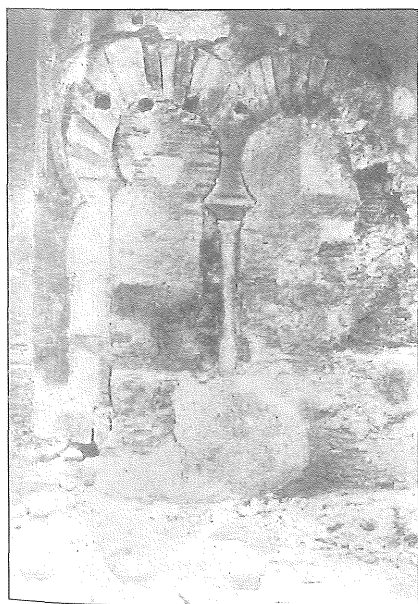
Baena (Córdoba). Placa de mármol encontrada en el convento de Madre de Dios.



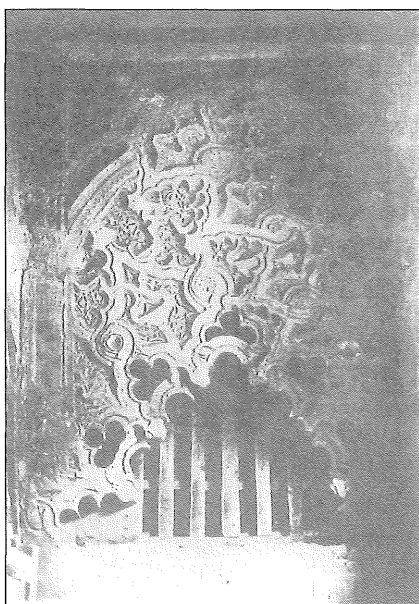
Sevilla. Arquería del Patio del Yeso en el Alcázar.



Granada. Museo arqueológico. Restos de decoración de escayola procedentes de Medina Elvira.



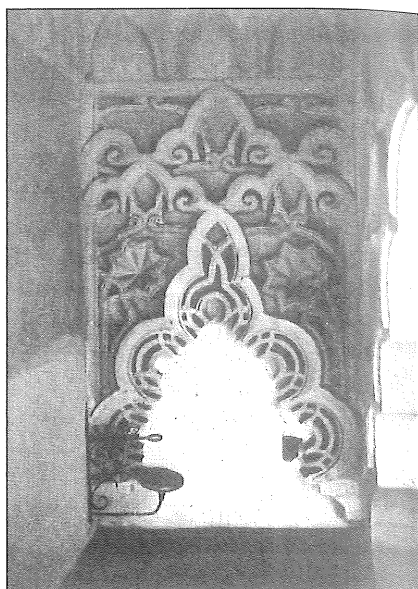
Zaragoza. Restos de la Aljafería, hoy desaparecidos.



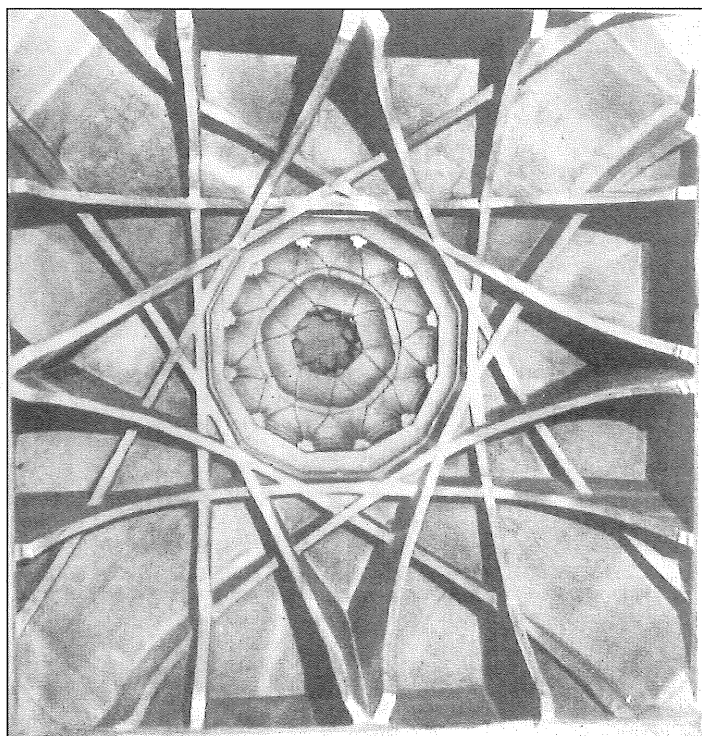
Zaragoza. Arco de la Aljafería, hoy en el Museo Provincial.



Zaragoza. Arco de la Aljafería, hoy en el Museo Provincial.



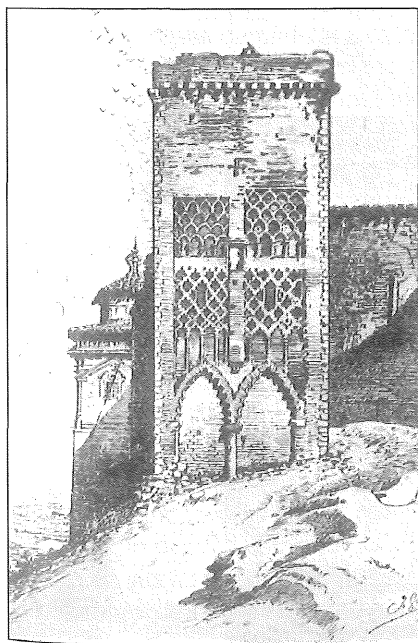
Burgos. Arco en «Las Huelgas»



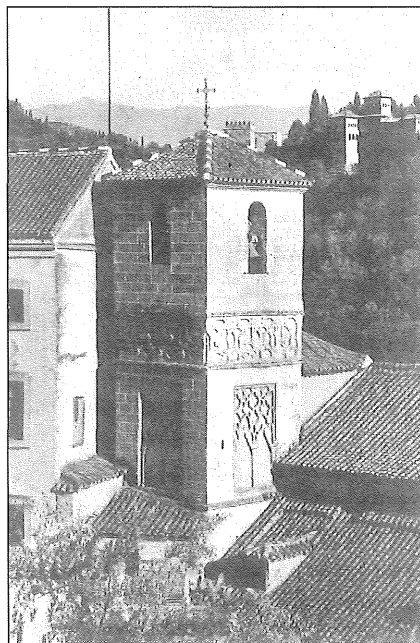
Sevilla. Bóveda en una de las habitaciones del Patio de Banderas del Alcázar.



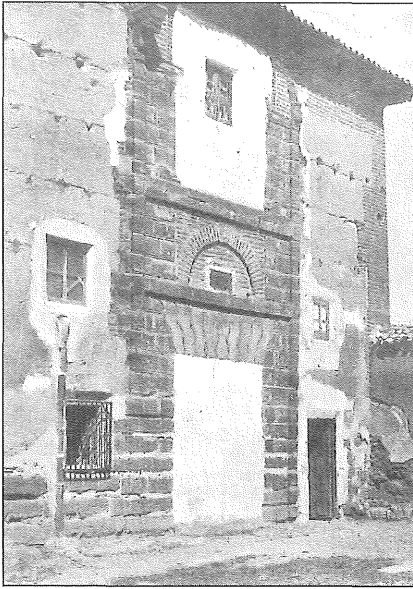
Granada. Museo de la Alhambra. Fragmentos de yeso encontrados en el Carmen del Mauror.



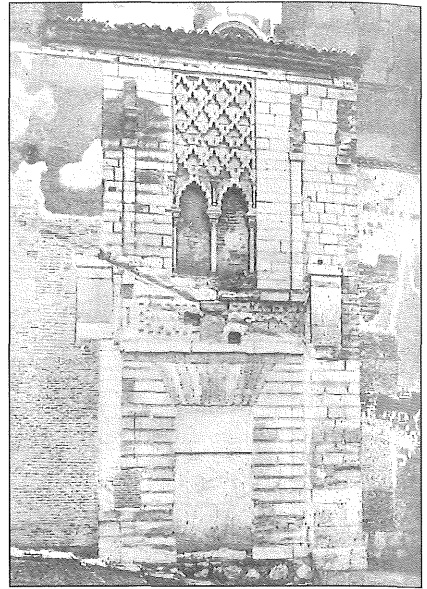
Aracena. Torre en el castillo.



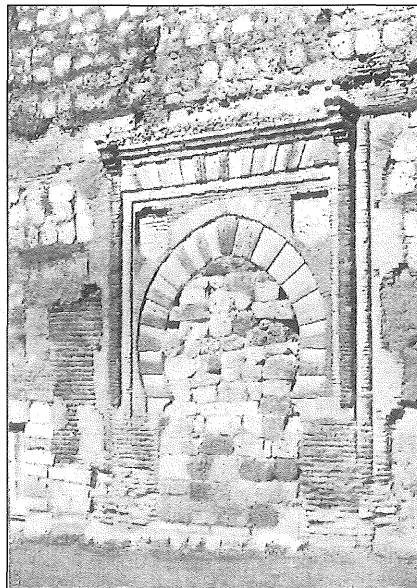
Granada. Torre de San Juan de los Reyes.



Astudillo. Fachada del Palacio de doña María de Padilla



Tordesillas. Fachada del Palacio de Alfonso XI en el convento de Santa Clara.



Aguilar de Campos. Puerta en la iglesia.